

## CAPÍTULO 39

Unos treinta años después, en 1976, me invitaron a pasar un par de meses en Jerusalem para dar algunas conferencias en la Universidad Hebrea. La universidad me proporcionó un estudio en Har Hatzofim y allí escribí, por las mañanas, el relato «El señor Levi», que forma parte del libro *La colina del Mal Consejo*. El relato transcurre en la calle Sofonías al final del Mandato Británico, y por eso iba a pasear por la calle Sofonías y las calles circundantes para ver lo que había cambiado: la escuela privada La Patria del Niño se había cerrado hacía tiempo. Los patios estaban llenos de chatarra. Los árboles frutales agonizaban. Los maestros, los funcionarios, los traductores, los cajeros, los encuadernadores de libros, los filósofos domésticos, los redactores de cartas al director, casi todos se habían ido del barrio, que con el paso de los años se había llenado de ultraortodoxos pobres. Casi todos nuestros vecinos habían desaparecido de los buzones. Sólo a la señora Stich, la madre inválida de Menujele Stich, la niña encorvada a la que llamábamos Nemujele, «pequeñaja», la vi una vez de lejos, dormitando sobre un taburete en un rincón de un patio descuidado, no muy lejos de los tachos de basura. En todas las paredes gritaban anuncios afónicos que agitaban escuálidos puños y amenazaban a los pecadores con diversas penas de muerte: «Se han traspasado los límites de la decencia», «Hemos provocado una gran desgracia», «No toquen a mis ungidos», «Las piedras gritan desde el muro contra el malvado decreto», «Contemplan, cielos, la terrible infamia que no ha tenido parangón en Israel», y cosas similares.

Hacía treinta años que no veía a mi maestra de segundo de la escuela privada La Patria del Niño, y de repente estaba ante el umbral de su casa. En lugar de la tienda del lechero, el señor Langerman, que nos vendía leche de unos cántaros de hierro redondos y pesados, habían abierto en los bajos del edificio una tienda ultraortodoxa de artículos de mercería, telas, botones, presillas, cremalleras, barras para cortinas. Seguro que la Maestrazelda tampoco estaba ahí.

Pero entre los buzones destrozados aún estaba el suyo, ese buzón del que de niño sacaba las cartas porque la cerradura estaba oxidada y no se podía abrir. Ahora estaba reventado: alguien, seguramente un hombre, alguien más impaciente que la Maestrazelda y que yo, había roto del todo la puerta. También el nombre había cambiado: en lugar de «Zelda Schneorson» vi que decía «Schneorson Mishkowsky»:

sin Zelda, pero también sin guión y sin conjunción copulativa. ¿Y qué haría si era su marido quien me abría la puerta? ¿Qué podía decirle a él? ¿O a ella?

Estuve a punto de huir de allí, igual que uno de esos pretendientes sorprendidos que aparecen en las comedias (no sabía que se había casado, no sabía que se había quedado viuda, no era consciente de que me había ido de su casa a los ocho años y ahora volvía con treinta y siete, más de los que tenía ella cuando la abandoné).

También en esa ocasión, como entonces, era muy temprano.

Tendría que haberla telefoneado antes. O escribirle unas líneas. ¿Y si se enojaba conmigo? ¿Y si no me había perdonado que la abandonase? ¿Que no diese noticias durante tanto tiempo? ¿Que no la felicitase cuando se publicaron sus libros ni cuando obtuvo los premios literarios? Puede que también ella, como otros habitantes de Jerusalem de toda la vida, me guardara rencor por el hecho de que en *Mi querido Mijael* yo hubiera escupido en el pozo del que antes bebí. ¿Y si había cambiado hasta lo irreconocible? ¿Y si ahora, al cabo de veintinueve años, era una mujer completamente distinta?

### HE RENUNCIADO A MI DULZURA

He renunciado a mi dulzura pero no correré  
hacia la miel de los magos.  
He renunciado a mi dulzura y mi casa es otra, otra,  
pero también ahora  
se oyen allí voces  
celebraciones festivas  
de otro tiempo.  
No me he convertido en viento silbando en el vacío.  
Voy a regar por tanto la pequeña flor  
que sedienta de agua  
gira el corazón en su camino oscuro  
y vuelve a Dios.

## UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

---

Unos diez minutos estuve delante de su puerta, salí al patio, me fumé un cigarro o dos, toqué las cuerdas del tendedero de donde en otros tiempos recogía sus sobrias faldas marrones y grises. Localicé la baldosa agrietada que yo mismo rompí al intentar partir nueces con una piedra. Eché un vistazo a los tejados rojos del barrio de los bújaros, a las colinas abandonadas que eran nuestro tesoro. Pero ya no parecían colinas y no estaban abandonadas, sino abarrotadas de viviendas, Ramot Eshkol, Maalot, Dafne, Guivat Hamivtar, Guivat Tzerfatit y Guivat Hatajmoshet.

¿Pero qué le diría al entrar? ¿Hola, querida Maestrazelda? ¿Espero no molestar? ¿Soy fulano de tal? ¿Hola, señora Schneorson Mishkowsky? ¿Fui alumno suyo, a lo mejor aún se acuerda? ¿Perdone, sólo estaré unos minutos? ¿Me gustan sus poemas? ¿Aún tiene un aspecto magnífico? No, no he venido a entrevistarla.

No recordaba lo oscuras que son las pequeñas casas de Jerusalem que están en la planta baja, incluso en una mañana de verano. La oscuridad me abrió la puerta: una oscuridad llena de olores cálidos. Y desde la oscuridad, la voz fresca que recordaba, la voz de una tranquila joven enamorada de las palabras, me dijo:

–Ven, Amós, entra.

E inmediatamente después:

–Seguro que quieres que vayamos al patio.

Y después:

–La limonada fría te gusta con muy poco jugo.

Y después:

–Debo corregirme: antes te gustaba la limonada con muy poco jugo, pero ha podido haber algún cambio.

Aquella mañana, y nuestra conversación, las reconstruyo obviamente desde el recuerdo, es como intentar levantar un edificio antiguo a partir de siete u ocho piedras que siguen en pie. Pero entre las escasas piedras que quedan exactamente igual que estaban, no reconstruidas y no inventadas, están estas palabras: «Debo

corregirme... ha podido haber algún cambio». Esas palabras exactamente me dijo Zelda aquella mañana de verano a finales de junio del 76. Veintinueve años después de nuestro verano de miel. Y otros veinticinco años antes de la mañana de verano en que estoy escribiendo esta página (en mi habitación de Arad, en un cuaderno lleno de tachaduras, el 30 de julio de 2001: es, por tanto, el recuerdo de una visita destinada a su vez a evocar recuerdos o a hurgar en viejas heridas. Con todos esos recuerdos, mi trabajo es similar al de alguien que intenta construir algo con piedras de un edificio derruido, piedras que saca de entre las ruinas de lo que también fue, en su momento, un edificio hecho con piedras de un edificio derruido).

–Debo corregirme –dijo la Maestrazelda–, ha podido haber algún cambio.

Podría haberlo dicho de otras muchas formas. Podría, por ejemplo, haber dicho: puede que ya no te guste la limonada. O: ahora puede que sí te guste tomarla con mucho jugo. O también, lo más sencillo de todo, podía haber preguntado: ¿qué quieres tomar?

Era una persona precisa: su deseo era recordar enseguida, con alegría y sin la menor sombra de rencor, nuestro pasado privado, suyo y mío (limonada, sólo un poco de jugo), pero deseaba hacerlo sin subordinar el presente al pasado («ha podido haber algún cambio», así me otorgaba el derecho a elegir y hacía que recayera sobre mis hombros la responsabilidad de continuar, la responsabilidad de conducir la visita, pues había sido yo quien la había ideado).

Dije (seguro que con una sonrisa):

–Gracias, me encantaría tomar una limonada como antes.

Ella dijo:

–Eso creía, pero me ha parecido correcto preguntarlo.

Y después nos tomamos una limonada fría (en lugar del arcón del hielo había una pequeña heladera de un modelo antiguo y algo deteriorado). Recordamos algunos recuerdos. Ella había leído mis libros y yo los suyos, pero sólo le dedicamos a eso cinco o seis frases, como cruzando con cuidado un camino inseguro.

Hablamos de lo que había sido de Isabel y Getzel Najlieli. De otros conocidos comunes. De los cambios en el barrio de Kerem Abraham. También a mis padres y a su difunto marido, que había fallecido unos cinco años antes de mi visita, los mencionamos de pasada, pero enseguida volvimos a hablar de Agnón y puede que también de Thomas Wolfe (*Mira hacia casa, Ángel*, traducido al hebreo por aquella época, o puede que los dos lo leyéramos en inglés). A medida que mis ojos se iban acostumbrando a la penumbra que reinaba en la habitación, iba observando con estupor que todo seguía en el mismo sitio. El melancólico aparador marrón cubierto de cera oscura estaba en su rincón como un viejo perro doméstico. Detrás de los cristales dormitaban las tazas de la vajilla. En el aparador había fotografías de los padres de Zelda, que parecían más jóvenes que ella, y también una de un hombre mayor que imaginé sería su marido, pero pese a todo pregunté quién era. Cuando se lo pregunté, de pronto sus ojos se iluminaron, brillaron con rebeldía juvenil, me sonrió como si en ese instante hubiésemos hecho alguna travesura, pero se contuvo y solamente dijo:

–Es Hayyim.

La mesa marrón y redonda se había encogido con los años y me parecía demasiado baja. En la vitrina había viejos libros religiosos con las tapas negras y desgastadas, y también algunos libros religiosos nuevos, grandes, con espléndidas cubiertas de cuero con grabados en oro, la *Historia de la poesía hispanohebraica* de Schirmann y muchos libros de poesía y prosa de la nueva literatura hebrea, sobre todo una larga fila de la editorial Hasifriah Laam. La vitrina, que de niño me parecía altísima, había menguado y me llegaba ahora a los hombros. Aquí y allá, en la estantería, en el aparador y en la repisa que estaba a la cabecera del sofá, había candelabros plateados para el Shabat y la fiesta de Januká, pequeños adornos de madera de olivo o relieves de bronce, una planta mustia sobre la cómoda y una o dos más en el alféizar de la ventana. Una penumbra llena de olores cálidos lo envolvía todo: evidentemente era la habitación de una mujer religiosa. No era un lugar eremita, sino un lugar introvertido, reservado y, en cierto sentido, inquietante: sí, había habido algún cambio, para usar su misma expresión. No porque hubiera envejecido, tampoco porque se hubiese hecho famosa y fuese muy querida, sino tal vez por esto: se había vuelto seria.

Y desde entonces siempre fue una persona de precisión, de seriedad y de formalidad interior. Es difícil explicarlo.

Después de aquella visita no volví más. Oí que al final se trasladó a un barrio nuevo. Oí que con el paso de los años tuvo varias amigas mucho más jóvenes que ella y que yo. Oí que contrajo una grave enfermedad y que un sábado por la tarde, el año 1984, murió en medio de terribles dolores. Pero yo no regresé, no le escribí ni una carta, no le envié ni uno solo de mis libros y no volví a verla, excepto en alguna fotografía de los suplementos literarios y otra vez, el día de su muerte, durante menos de medio minuto, al final de las noticias de la televisión.

Cuando me levanté para despedirme me di cuenta de que el techo había descendido con los años. Casi me tocaba la cabeza.

Los años no la habían cambiado mucho. No estaba más fea, ni más gorda ni más arrugada, el brillo de sus ojos aún resplandecía como antes durante nuestra conversación, como un rayo que salía de ella y penetraba en mí descubriendo todos mis secretos. Y a pesar de todo, había habido un cambio. Parecía que, durante las decenas de años que no la había visto, la Maestrazelda se había ido asemejando a su vieja casa.

Era como un candelabro de plata, como un candelabro iluminando con luz tenue un espacio oscuro. Me gustaría ser lo más preciso posible: en aquel encuentro tardío, Zelda me pareció la vela, el candelabro y el espacio oscuro. Esto escribí sobre ella en *El mismo mar*:

### LO QUE QUERÍA Y LO QUE SÉ

Aún recuerdo su habitación:  
calle Sofonías. Entrada por el patio.  
Ocho años y cuarto, frenético,  
niño de palabras. Pretendiente.  
«Mi habitación no pregunta», escribía ella,  
«por amaneceres ni ocasos. Le basta  
con que el sol traiga una bandeja de oro  
y la luna una bandeja de plata». Lo recuerdo.  
Uvas y una manzana me dio  
en las vacaciones de verano, año 46.  
Me tendí en la esterilla,

niño de mentiras. Enamorado.  
De papel le hacía  
flores y hojas. Una falda  
llevaba ella, marrón, parecida a ella,  
campana y olor a jazmín.  
Mujer silenciosa. Y toqué  
el borde de su vestido. De casualidad.  
Lo que quería no lo sabía  
y lo que sé abrasa.

## CAPÍTULO 40

Cada mañana, un poco antes o un poco después del amanecer, acostumbro a salir a comprobar qué novedades hay en el desierto. El desierto, aquí en Arad, comienza al final de nuestra calle. Desde las montañas de Edom llega el viento de la mañana y crea pequeños remolinos de arena que intentan levantarse del suelo sin conseguirlo. Cada uno vibra un poco, se deforma, pierde su forma lanceolada y se extingue. Las montañas aún están ocultas por el vapor que sale del mar Muerto y que cubre la salida del sol y la cadena montañosa con un velo gris, como si no estuviéramos en verano sino en otoño. Pero es un otoño ficticio: dentro de dos o tres horas volverán la sequedad y el calor. Como ayer. Como anteayer y como hace una semana y hace un mes.

Mientras tanto, el frío de la noche resiste. Hay un agradable olor a tierra impregnada de rocío mezclado con un ligero olor a azufre, a excrementos de oveja, cardos y hogueras apagadas. Es el olor de Israel desde tiempos inmemoriales. Bajo hasta el wadi y avanzo por el tortuoso camino, bastante escarpado, hasta el borde del precipicio desde donde el paisaje se abre hacia el mar Muerto, a unos novecientos metros debajo de mí, a unos veinticinco kilómetros de aquí. La sombra de las montañas del este cae sobre el agua y le da al mar un tono de bronce viejo. De vez en cuando una punzante aguja de luz consigue traspasar por un instante las nubes y tocar el mar. El mar, por su parte, devuelve de inmediato un destello cegador. Como si hubiese una tormenta de rayos submarina.

Desde aquí hasta allí se extienden pendientes vacías de piedra caliza salpicada de rocas negras. Y entre esas rocas, justo en la línea del horizonte en la cima de la colina de enfrente, hay tres cabras negras y, entre ellas, una figura humana inmóvil cubierta de negro de la cabeza a los pies: ¿una mujer beduina? ¿Y un perro a su lado? Y todos desaparecen al otro lado de las montañas, la mujer, las cabras y el perro. La luz gris pone en duda cualquier movimiento. Y mientras tanto se empiezan a oír otros perros a lo lejos. Un poco más allá, entre las rocas que están junto al camino, hay una cápsula oxidada de un proyectil. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí? Tal vez alguna noche pasara por aquí una caravana de contrabandistas en camello, que desde el Sinaí se dirigía al sur del monte Hebrón, y uno de los contrabandistas



perdiera esta cápsula. O puede que no la perdiera, quizás la tirara después de preguntarse qué iría a hacer con ella.

Ahora se puede oír la quietud del desierto en toda su profundidad. No la quietud anterior a la tormenta, ni la quietud que impera cuando todo ha terminado, sino una quietud que cubre sólo otra quietud aún más profunda. Permanezco allí tres o cuatro minutos respirando quietud como si fuese un olor. Y después regreso. Vuelvo a subir desde el wadi hasta el final de la calle y discuto con los perros furiosos que han empezado a ladrarme desde todos los patios. Tal vez crean que estoy amenazando con introducir el desierto en la ciudad.

Entre las ramas del último árbol del primer jardín, junto a la primera casa, un parlamento completo de gorriones está inmerso en una acalorada y ensordecedora discusión, todos se interrumpen con gritos entre sí, parece que esos gorriones no cantan, sino que realmente están gritando: como si la desaparición de la noche y el despunte de las primeras luces fuesen sucesos graves y sin precedentes que justificaran una reunión urgente.

Al final de la calle un viejo coche se pone en marcha con un ataque de tos seca, como un fumador empedernido. El repartidor de periódicos halaga en vano a un perro impasible. Un vecino de baja estatura, bronceado, un hombre fuerte y ágil con un espeso bosque de rizos canosos en el pecho descubierto, un coronel retirado cuya corpulencia me recuerda una caja metálica, está medio desnudo, con pantalones de deporte azules, regando con una manguera los rosales de adelante de su casa.

–Las rosas están magníficas. Buenos días, señor Shmulevitz.

–¿Qué tienen de buenos? –me ataca–, ¿es que Shimon Peres<sup>91</sup> ha dejado de venderle el país a Arafat?

---

<sup>91</sup> Nacido Szymon Persky en Wiszniewo, Polonia, el 2 de agosto de 1923, es un político, parlamentario, estadista, escritor y poeta israelí, dos veces Primer ministro de Israel (1984-1986 y 1995-1996) y presidente del Estado de Israel desde 2007 hasta 2014. Sirvió como Ministro de Asuntos Exteriores en el segundo gobierno de Isaac Rabin, siendo uno de los líderes del proceso de Oslo, una serie de negociaciones entre Israel y la OLP que llevó a los Acuerdos de Oslo (*Declaración de Principios sobre las Disposiciones relacionadas con un Gobierno Autónomo Provisional*, diseñada para ofrecer una solución permanente al conflicto palestino-israelí). Por ese logro, Peres recibió el Premio Nobel de la Paz junto con Yasser Arafat e Isaac Rabin en 1994. (Vale la pena leer la biografía de los tres).

## UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

---

Y cuando comento que hay quienes lo ven de otra forma, continúa con tristeza:

–Al parecer un holocausto no nos ha bastado para aprender la lección. ¿A esta tragedia la siguen llamando paz? ¿Ha oído hablar alguna vez de la región de los Sudetes? ¿De Munich? ¿De Chamberlain? ¿No?<sup>92</sup>

Ciertamente tengo una respuesta detallada y argumentada para eso, pero de la quietud acumulada en el wadi extraigo estas palabras:

–Ayer, alrededor de las ocho de la tarde, alguien interpretaba al piano la sonata Claro de luna. Pasé por aquí y me detuve un rato a escuchar. ¿Era su hija? Tocaba de maravilla. Dígaselo.

Dirigió el chorro al siguiente cantero y me sonrió como un alumno tímido que, de repente, es elegido por votación secreta para ser el delegado.

–No era mi hija –dijo–, mi hija se ha marchado a Praga. Era la hija de mi hija. Mi nieta. Daniela. Quedó en tercer lugar en el concurso de jóvenes talentos de toda la zona sur. Aunque todo el mundo, sin excepción, dijo que se merecía al menos el segundo puesto. También escribe unos poemas preciosos. Llenos de sensibilidad. ¿Tendría usted tiempo? ¿Podría llevarle alguno para que lo leyera? Tal vez pueda apoyarla un poco. O incluso mandarlos a algún periódico para que los publiquen. De usted seguro que los aceptan.

---

<sup>92</sup> Los Sudetes son una cadena montañosa de la Europa oriental, localizada entre los estados de Bohemia, Baja Silesia, Silesia Checa y Sajonia. Comprende parte del territorio de la República Checa, Alemania y Polonia. En 1938, los Sudetes fueron anexionados por Alemania con el pretexto de resolver los conflictos étnicos. En la historia este evento se llama Crisis de los Sudetes. Por esta crisis, los Sudetes se mencionan en el siglo XXI como un precedente de la ocupación de un país vecino con este pretexto.

Tras la anexión de Austria en marzo de 1938, Hitler se erige como defensor de los alemanes de Checoslovaquia desatando la crisis. El Partido Alemán de los Sudetes promulga los decretos de Carlsbad el 24 de abril de 1938, en los que exige autonomía y libertad para profesar la ideología nazi. Checoslovaquia se opone. Hitler da un ultimátum el 26 de septiembre de 1938 e impone su posición en los acuerdos de Munich el 30 de septiembre de 1938 firmados por él, Mussolini, Chamberlain y Daladier, primer ministro francés, prometiendo Alemania un plebiscito, que Chamberlain acepta en un esfuerzo por evitar la guerra, y que se hace a espaldas de Checoslovaquia. Poco después de la anexión, comienzan a ser perseguidos los judíos, otras minorías y los disidentes políticos. Pese a ello, el 4 de diciembre de 1938 se celebran elecciones que registran un apoyo del 97,8% de los votos para el Partido Nacionalsocialista Alemán. En marzo de 1939, Alemania ocupa el resto de Checoslovaquia.

En el transcurso de la guerra, los nazis transportarían a unos 300.000 judíos checos a campos de concentración, donde el 90% moriría, cambiando la sociedad de la región para siempre.

Le aseguré al señor Shmulevitz que cuando tuviera ocasión leería los poemas de Daniela. Con mucho gusto. Por supuesto. Por qué no. No hay de qué.

Me tomo esa promesa como una pequeña contribución a favor de la paz. Después, en mi habitación, con una taza de café en la mano y el periódico abierto sobre el sofá, permanezco unos diez minutos más junto a la ventana. Oigo en las noticias de la radio que una joven árabe de diecisiete años ha sido gravemente herida en el pecho por una ráfaga de disparos, después de haber intentado clavarle un cuchillo a un soldado israelí en el control cercano a Belén. La luz del alba, que estaba mezclada con vapor gris, ha comenzado ya a flamear y a sustituirse por un azul intenso e intransigente.

Delante de mi ventana hay un pequeño jardín con algunos arbustos, una enredadera y un limonero enclenque que aún no sé si vivirá o morirá, tiene la copa pálida y el tronco retorcido como un brazo que alguien ha girado hacia atrás a la fuerza. La palabra «retorcido», de la raíz *akl* en hebreo, me recuerda lo que solía decir mi padre: «Debes saber que en hebreo todas las palabras cuyas dos primeras letras son *a* y *k*, casi sin excepción, tienen que ver con un mal asunto. Y Su Alteza se habrá dado cuenta de que, por casualidad o no, las iniciales de su nombre son *A. K.*».

Tal vez hoy escriba un artículo para el periódico *Yediot Ajaronot*, donde intentaré explicarle al señor Shmulevitz que nuestra renuncia a la ocupación no debilitará Israel sino que lo fortalecerá. Le explicaré que no es acertado ver siempre y en todo lugar sólo holocausto, Hitler y Munich.

El señor Shmulevitz me contó una vez, en una de esas largas tarde de verano en las que parece que la luz no se va a apagar nunca, sentados en camiseta y sandalias en la tapia de su casa, que cuando tenía doce años se lo llevaron al campo de exterminio de Maidanek con sus padres, sus hermanas y su abuela, y sólo él sobrevivió. No quiso contarme cómo se salvó. Me aseguró que tal vez me lo contaría en otra ocasión. Pero las otras ocasiones prefirió intentar abrirme los ojos para que no creyera en la paz, para que dejara de ser un iluso, para que me entrara bien en la cabeza que la única intención de los otros era masacrarnos a todos y que todos sus discursos sobre la paz no eran más que una trampa o somníferos que el mundo entero les ayudaba a preparar y a darnos para adormecernos. Como antes.

Decido posponer lo del artículo. Un capítulo sin terminar de este libro me está esperando sobre mi mesa en forma de borradores garabateados, notas arrugadas y medias páginas llenas de tachaduras: es el capítulo sobre la Maestra Isabel Najlieli de la escuela La Patria del Niño y todo su ejército de gatos. Debería ceder un poco y suprimir algunos acontecimientos felinos y algunos episodios sobre Getzel Najlieli, el cajero: son incidentes bastante aburridos, y además no aportan nada al desarrollo de la historia. ¿Aportan? ¿Desarrollo? Pero si aún no sé lo que puede aportar algo al desarrollo de la historia, porque aún no tengo ni la más remota idea de a dónde quiere ir esta historia, ¿y por qué necesito aportaciones? ¿O desarrollo?

Mientras tanto, ya han acabado las noticias de las siete de la mañana, ya me he tomado una segunda taza de café y sigo de pie mirando por la ventana: un pequeño pájaro, un precioso colibrí de color turquesa, me mira un instante por entre las ramas del limonero: se mueve, salta, brinca de una rama a otra, se engalana ante mí con todo el brillo de sus plumas entre las refracciones de luz y sombra. Su cabeza es casi violeta, su cuello azul metálico, en el pecho tiene una especie de chaleco de un amarillo suave. Bienvenido sea tu regreso. ¿Qué has venido a recordarme esta mañana? ¿A Isabel y Getzel Najlieli? ¿Una ramita que descendió hasta una tapia y se durmió? ¿A mi madre, que se pasaba horas asomada a la ventana, con un vaso de té ya frío en la mano, de cara al granado y de espaldas a la habitación? Ya basta. Debo empezar a trabajar. Debo utilizar ahora los restos de la quietud que he recogido en el wadi antes del alba.

A las once me acerco en coche al centro para arreglar unos asuntos en correos, en el banco, en la clínica y en la papelería. Un sol enloquecido abrasa las calles y sus árboles polvorientos y ralos. La luz blanca del desierto te hiere tanto que los ojos se convierten en dos estrechas ranuras.

Hay varias personas haciendo cola delante del cajero automático y también delante del puesto de periódicos de Vaaknin. En Tel Aviv, durante las vacaciones de verano del año 50 o 51, no muy lejos de la casa de la tía Haya y el tío Tzvi, al norte de la calle Ben Yehuda, mi primo Yigal me enseñó el kiosco del hermano de David Ben Gurión, y me mostró que cualquiera podía acercarse y hablar libremente con él, nada menos que con el hermano de Ben Gurión, que realmente se parecía mucho a

él. Y hasta hacerle preguntas. Por ejemplo, ¿cómo está, señor Gruen? ¿Cuánto cuesta un barquillo de chocolate, señor Gruen? ¿Estallará pronto otra guerra, señor Gruen? Pero no había que preguntarle por su hermano. Eso sí. Sencillamente no le gustaba nada que le hiciesen preguntas sobre su hermano.

Envidiaba mucho a la gente de Tel Aviv: en nuestro barrio de Kerem Abraham no había celebridades ni hermanos de celebridades. Sólo los profetas menores estaban presentes en los nombres de nuestras calles: calle Amós, calle Abdías, calle Sofonías, y Ageo, Zacarías, Nahum, Malaquías, Joel, Habacuc y Oseas. Todos.

Un emigrante de Rusia está en un rincón de la plaza del centro de Arad. En la acera hay una funda de violín abierta para las limosnas. La música es tranquila, conmovedora, evoca bosques de abetos, riachuelos, cabañas, pastizales y dehesas que me recordaban las historias de mi madre, cuando estábamos los dos desmotando lentejas o sacando porotos de las vainas en nuestra pequeña cocina ennegrecida.

Pero aquí, en la plaza del centro de Arad, la luz del desierto abrasa a los espíritus y disipa cualquier recuerdo de bosques de abetos y otoños envueltos en la niebla. El hombre que está tocando, con su melena canosa y su espeso bigote blanco, recuerda un poco a Albert Einstein, y también me recuerda al profesor Shmuel Hugo Bergman, que le enseñó filosofía a mi madre en Har Hatzofim y con el que también yo logré estudiar en Guivat Ram en el año 61; daba unas clases inolvidables de historia de la filosofía dialéctica, de Kierkegaard a Martin Buber.

Dos jóvenes, tal vez de origen norteafricano, una muy delgada y vestida con una camisa semitransparente y una falda roja, y otra con una traje pantalón lleno de cremalleras y hebillas, están paradas delante del hombre que toca. Escuchan un momento su música. Toca con los ojos cerrados y no los abre. Las mujeres murmuran entre ellas, sacan las carteras y cada una le da una moneda de un shekel.

La mujer delgada, que tiene el labio superior algo subido hacia la nariz, dice:

–¿Pero cómo se puede saber si éstos son realmente judíos? Dicen que la mitad de los rusos que vienen aquí no son más que gentiles que se aprovechan de nosotros para salir fácilmente de Rusia y recibir un subsidio sin hacer nada. Gratis.

Su amiga dice:

–¿Qué nos importa que venga quien sea?, ¿incluso que toquen en las aceras?, ¿judíos, rusos, drusos, qué te importa a ti? Sus hijos serán israelíes, harán el servicio militar, comerán filetes con ensalada en pan de pita, pedirán hipotecas y se pasarán el día echando pestes.

La falda roja replica:

–¿Pero qué te pasa, Sarit? Si permitieran entrar libremente a todo el que quisiera, también a trabajadores extranjeros, a gente de Gaza y de los territorios, ¿entonces quién...?

El resto de la discusión se alejó de mí en dirección al estacionamiento del centro comercial. Me recuerdo a mí mismo que hoy aún no he avanzado casi nada y que la mañana ya no es muy joven. Otra vez en mi habitación. El calor empieza a apretar y el viento polvoriento nos mete el desierto en casa. Cierro las ventanas, las persianas y las cortinas, cierro todas las escotillas, exactamente igual que mi niñera, Grete Ghat, que también era profesora de piano, quien solía tapar todas las rendijas y convertir su casa en un submarino.

Obreros árabes construyeron esta habitación no hace muchos años: colocaron las baldosas con un nivel de agua. Pusieron dinteles, ventanas y puertas. En las paredes ocultaron cañerías, desagües, cables eléctricos y una toma de teléfono. Un carpintero corpulento, amante de la ópera, me hizo armarios y fijó a las paredes estanterías para los libros. Un contratista que emigró a finales de los años cincuenta de Rumanía trajo de lejos un camión cargado de tierra fértil de jardín y, como una venda sobre una herida, cubrió el lecho de yeso, cal, roca y sal que se tendía desde siempre sobre estas colinas. Sobre la rica tierra que trajo el contratista, el inquilino que hubo antes que yo plantó arbustos, árboles y césped que yo intento cuidar aunque sin un excesivo cariño, para que no ocurra aquí, en mi jardín, lo que nos pasó a mi padre y a mí en nuestro huerto anegado de buenas intenciones.

Varias decenas de pioneros, entre ellos individuos enamorados del desierto o deseosos de soledad y también algunas parejas jóvenes, se instalaron a comienzos de los años sesenta en esta ciudad desértica: mineros, canteros, oficiales del ejército y trabajadores de empresas de desarrollo. Lova Eliav y un puñado de urbanistas imbuidos de entusiasmo sionista concibieron, proyectaron y trazaron sobre el papel,

y de inmediato levantaron esta ciudad, calles, plazas, avenidas y jardines, no lejos del mar Muerto, en un lugar perdido adonde por aquellos días, a comienzos de los años sesenta, no llegaba ninguna carretera y ningún suministro de agua ni de luz, donde ningún árbol crecía, donde no había ni un edificio, ni una tienda, ni un signo de vida. Incluso casi todos los asentamientos beduinos de los alrededores se establecieron aquí sólo después de la construcción de Arad. Los pioneros fundadores de la ciudad eran entusiastas, impacientes, elocuentes, alborotadores. Sin pensárselo dos veces prometieron «vencer al desierto y conquistarlo». (Al igual que mi padre, tampoco yo resisto la tentación de ir corriendo a comprobar en el diccionario qué relación tiene vencer, lehadvir, con desierto, midvar, y éstas con davar, palabra, divur, habla, o incluso con las abejas, devorim, términos todos procedentes de la raíz dvr.)

Alguien pasa ahora por delante de la casa en un pequeño coche rojo, se detiene junto al buzón en la esquina de la plaza y recoge las cartas que eché ayer. Otra persona viene a fijar con cemento un adoquín que se ha soltado en la acera de enfrente. Hay que encontrar la forma de darles las gracias, a todos, al igual que un muchacho en su bar mitzvá, al final de la ceremonia en la sinagoga, da las gracias a todo aquel que le ha acompañado en su camino: a la tía Sonia, al abuelo Alexander, a Grete Ghat, a la Maestrazelda, al árabe con bolsas bajo los ojos que me trajo al mundo desde esa celda oscura en la que me había encerrado en aquella tienda de ropa, a mis padres, al señor Zarhi, a los vecinos Lemberg, a los soldados italianos prisioneros, a la abuela Shlomit, que luchaba contra los microbios, a la Maestraisabel y a sus gatos, al señor Agnón, a los Rodnitzky, al abuelo Papá, el carretero de Kiriát Motzkin, a Saúl Tchernijovsky, a la tía Liliénka Bar Samka, a mi mujer y a mis hijos, a mis nietos, y también a los albañiles, soladores y electricistas que construyeron esta casa, al carpintero, al repartidor de periódicos, al cartero con el coche rojo, al hombre que toca en la plaza y recuerda un poco a Einstein y a Bergman, al electricista, a la beduina, a las tres cabras negras que he visto hoy al amanecer, o que tal vez sólo imaginé, al tío Yosef, que escribió el libro Judaísmo y humanismo, al vecino Shmulevitz, que teme un nuevo holocausto, a su nieta Daniela, que ayer tocó al piano la sonata Claro de luna, al ministro Shimon Peres, que ayer volvió a hablar con Arafat con la esperanza de encontrar a pesar de todo una forma de compromiso, al colibrí que visita a veces las ramas del limonero frente a mi ventana. Y también al limonero. Y sobre todo al silencio del desierto poco antes del alba, un silencio que contiene otros silencios. Ha sido el tercer café de hoy. Basta. Dejo la taza vacía en una esquina de la mesa, la dejo con especial cuidado, de tal modo que no se dé ni el

## UNA HISTORIA DE AMOR Y OSCURIDAD – AMÓS OZ

---

más mínimo golpe, para no hacerle daño a la quietud que aún no se ha desvanecido.  
Ahora me pondré a escribir.



## CAPÍTULO 41

Hasta aquella mañana no había visto en mi vida una casa así.

El patio de la casa estaba rodeado por un grueso muro de piedra que ocultaba un huerto oscuro que se daba sombra a sí mismo con parras y árboles frutales. Mis ojos atónitos vagaban buscando entre ellos el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Delante de la casa había un pozo, y a su alrededor una gran explanada pavimentada con adoquines rojizos pulidos. Esos adoquines se entretejían con finas venas azuladas. Al extremo de la explanada había un espeso emparrado que daba sombra y estaba expuesto al viento del oeste. Varios bancos de piedra con una mesa de piedra baja y ancha invitaban a detenerte bajo el emparrado, a acomodarte, a descansar a la sombra y escuchar, hasta saciarte, el zumbido de las abejas, el canto de los pájaros y el borboteo del agua de la fuente: pues al fondo del emparrado había un pequeño estanque en forma de estrella de cinco puntas llena de agua, también hecha de piedra y revestida con azulejos decorados con letras árabes. En el centro del estanque, borbotaba una fuente silenciosa. Grupos de peces de colores flotaban lentamente entre los claros del follaje de los nenúfares.

Desde la explanada subíamos los tres, inquietos, educados y humildes, por las escaleras de piedra tallada que conducían al amplio porche principal, desde el cual se veían las murallas septentrionales de la Ciudad Vieja, las torres y las cúpulas. En el porche había diseminadas sillas de madera con los asientos tapizados y algunos escabeles y mesas pequeñas hechas con mosaicos. También ahí, como en el emparrado, te sentías tentado a detenerte frente a la imagen de las murallas y las colinas, a dormir a la sombra de los árboles o a sorber tranquilamente el silencio de las montañas y la piedra.

Pero nosotros no nos demoramos entre los frutales, en el emparrado ni en el porche panorámico, sino que tiramos con cuidado de la cuerda de la campana que estaba junto a la puerta de hierro de dos hojas pintada de color caoba, una puerta con relieves de artesanía en forma de granadas de hierro, uvas de hierro, zarcillos de hierro retorcidos y trenzas de flores de hierro simétricas. Antes de abrirse la puerta,

el tío Stashek volvió a girarse hacia nosotros y a posar un dedo sobre los labios, como dándonos a la tía Mala y a mí el último aviso: ¡Educación! ¡Discreción! ¡Diplomacia!

A lo largo de las cuatro paredes del amplio y frío salón había sofás blandos cuyos respaldos de madera tallada se tocaban entre sí. Los muebles de la habitación estaban grabados con relieves de hojas y flores, como si debiesen representar dentro de la casa el jardín que la rodeaba por fuera. Los sofás estaban cubiertos con telas de rayas de color rojo y azul celeste. En cada sofá había un montón de cojines de colores, bordados y con encajes. En el suelo se extendían alfombras con ricos bordados, y en una de ellas se entretejían pavos reales entre el follaje del paraíso. Ante cada sofá se postraban mesas bajas. En lugar de una superficie de madera, cada mesa tenía una bandeja de bronce redonda y amplia. También las bandejas lucían filigranas ensortijadas, no en forma de frutas y flores, sino con muchas formas abstractas, abigarradas como un laberinto, entrelazadas unas con otras, que recordaban las torsiones de las letras árabes, y puede que realmente fueran grabados estilizados de escritura árabe.

A ambos lados de la sala se abrían seis u ocho puertas hacia las habitaciones interiores. Las paredes estaban cubiertas de tapices bordados. Entre los tapices y encima de ellos asomaba la escayola de las paredes, también con motivos florales y en tonos lila, rojizos y verdosos. En varios puntos, casi rozando el alto techo, había colgadas armas antiguas a modo de decoración, espadas damasquinas, dagas, puñales, lanzas, pistolas, rifles de cañón largo y rifles de doble cañón. Enfrente de la puerta, entre un sofá tapizado de rojo a la derecha y otro en tono limón a la izquierda, había un gran mueble oscuro y recargado que se llamaba *buffet*, una especie de aparador barroco lleno de compartimientos, con forma de palacio y con infinidad de vitrinas repletas de tazas de porcelana, copas de cristal, de plata y de cobre, y muchos adornos tallados en cristal de Hebrón o de Sidón.

En la profunda hornacina de la pared, entre una ventana y otra, anidaba un florero verde con incrustaciones de nácar y conchas del que salían plumas de pavo real. Otras hornacinas alojaban grandes vasijas de cobre y copas de cristal y porcelana. Los cuatro ventiladores que colgaban del alto techo de la sala emitían constantemente un zumbido como de avispas y removían el aire cargado de humo. Entre esos cuatro ventiladores surgía del techo una gigantesca lámpara de cobre,

espléndida, en forma de árbol frondoso cuyas ramas, follaje, brotes y zarcillos florecían en brillantes estalactitas de cristal y en resplandecientes peras en forma de bombillas, todas encendidas a pesar de que los grandes ventanales dejaban entrar la luz de la mañana de un sábado de verano. En la parte alta y arqueada de esas ventanas había vidrieras simétricas con forma de hojas de trébol. Cada hoja le daba a la luz del día un color distinto: rojo. Verde. Dorado. Violeta.

En dos paredes, una enfrente de otra, se movían dos jaulas colgadas de clavos. En cada jaula vivía una pareja de papagayos cuyo plumaje tenía una amplia gama de colores, naranja, turquesa, amarillo, verde y azul. De vez en cuando, uno de los papagayos decía con una voz grave y rota como la de un fumador empedernido: «*Tafaddal! S'il vous plaît! Enjoy!*». Y desde el otro extremo de la habitación, desde la jaula de enfrente, un soprano mimado le respondía al instante con delicadeza: «*Oh, how very very sweet! How lovely!*».

Sobre los dinteles de las puertas y las ventanas, en la escayola floreada de las paredes, había pintados de verde algunos versículos o versos con letras árabes retorcidas. Y entre los tapices aparecían los retratos de los padres de la familia: efendis pulcramente afeitados, de mejillas turgentes y orondos, tocados con fez rojo y una borla negra, comprimidos en gruesos trajes azules con dos cadenas de oro que caían haciendo una onda sobre el vientre antes de desaparecer, una en el bolsillo izquierdo y otra en el bolsillo derecho. Y había retratos de sus antepasados, hombres poderosos, bigotudos y malhumorados, con aire autoritario, cubiertos por caftanes bordados, tocados con kefias blancas y cordones negros. Y también había dos o tres retratos de antiguos caballeros de aspecto salvaje y sorprendentemente majestuosos, hombres barbudos, oscuros, montados en sus nobles caballos, con las kefias ondeando al viento por el ímpetu del galope, y hasta las crines de los caballos parecían volar, largos puñales encajados en los flancos y dagas curvadas como medias lunas pegadas a sus costados o desenvainadas y blandidas.

Desde las ventanas de aquel salón, unas ventanas con anchos alféizares que daban al norte y al este, se veían las montañas de Har Hatzofim y el monte de los Olivos, un pinar, pendientes rocosas, el monte del Templo, la fortaleza de Augusta Victoria y su torre, sobre la cual, como un casco imperial, hay un tejado prusiano inclinado de color gris. Un poco a la izquierda de Augusta Victoria se divisaba una fortaleza con estrechos tragaluces y una cúpula, el edificio de la Biblioteca Nacional, el lugar donde trabajaba mi padre, y a su alrededor se apiñaban los demás edificios

de la Universidad Hebrea y del hospital Hadassah de Har Hatzofim. Por debajo de la línea de las montañas se veían algunas casetas de piedra dispersas, pequeños rebaños entre las rocas, zarzales y algunos viejos olivos que parecían haber abandonado mucho tiempo atrás el mundo vegetal para unirse al reino mineral.

En el verano de 1947 mis padres fueron a Netania a pasar un fin de semana con unos conocidos y me dejaron al cuidado de Mala, Stashek, Chopin y Schopenhauer Rodnitzky («¡Pórtate bien! ¡De forma ejemplar! ¡Entendido! ¡Ayuda un poco a la tía Mala en la cocina, no molestes al tío Stashek, búscate algo que hacer, lee algún libro, que ni se den cuenta de que estás, y el sábado por la mañana déjalos dormir hasta tarde! ¡Sé un ángel! ¡Como sabes ser cuando de verdad quieres!»).

El escritor Hayyim Hazaz le ordenó una vez al tío Stashek que se cambiara su nombre polaco, «que huele a pogrom», por un nombre hebreo, y lo convenció de que adoptase el nombre de Stav, otoño, que sonaba parecido a Stashek, pero que tenía cierto aroma al Cantar de los Cantares. Y así aparecían sus nombres, con la letra de la tía Mala, en la nota que estaba clavada en la puerta de su casa:

MALKA Y STAV RODNITZKY

POR FAVOR NO LLAMEN A LA PUERTA

EN LAS HORAS HABITUALES DE DESCANSO

El tío Stashek era bajo, robusto, de pelo rizado y fuertes espaldas, tenía las fosas nasales peludas y oscuras como cuevas y las cejas espesas, una estaba siempre levantada como con escepticismo o cierto sarcasmo. Le faltaba un diente, y tal vez por esa carencia a veces la cara del tío Stashek tenía un gesto de sinvergüenza, sobre todo cuando se reía. Se ganaba la vida trabajando en el departamento de cartas certificadas de la oficina central de correos de Jerusalem, y en su tiempo libre recopilaba material en pequeñas fichas para un estudio innovador sobre la vida del poeta Immanuel Romani.

Por su parte, el *ustaz* Nayib Mamduaj Al Silvani, del barrio de Sheij Jarrah al nordeste de la ciudad, era un intermediario y un rico comerciante, y también agente local de algunas grandes firmas francesas cuyos negocios llegaban hasta Alejandría y

Beirut, y de allí se ramificaban hasta Haifa, Nablus y Jerusalem. A comienzos del verano se perdió el rastro de un talón con una gran suma de dinero, o puede que fuera una valiosa letra de cambio o un paquete de acciones. Las sospechas recayeron sobre Edward Silvani, el primogénito y socio del *ustaz* Nayib de la firma Silvani e Hijos. El joven fue interrogado, según nos dijeron, por el ayudante del jefe de la policía secreta inglesa en persona, y después lo enviaron a la prisión de Haifa para ulteriores investigaciones. El *ustaz* Nayib, después de intentar salvar a su hijo por todos los medios posibles, fue completamente desesperado a ver al señor Kenneth Orwell Nokes-Gilford, el responsable de correos, para implorarle que buscara de nuevo un sobre perdido que, aseguró, había enviado él mismo, él y no su hijo, él y no su secretario, el invierno anterior por correo certificado.

Pero había perdido el recibo y el justificante. Habían desaparecido. Como si el propio diablo se los hubiera tragado.

El señor Kenneth Orwell Nokes-Gilford, después de expresarle al *ustaz* Nayib su simpatía, pero también de explicarle honestamente y muy a su pesar la escasas posibilidades de conseguir un resultado positivo, le encargó, pese a todo, a Stashek Rodnitzky investigar y aclarar en lo posible el paradero de una carta certificada de hacía bastantes meses, una carta que podía existir o no, que podía haberse perdido o no, una carta de la que no había quedado ningún rastro, ni en poder del remitente ni en el registro de envíos.

El tío Stashek puso manos a la obra, investigó, examinó, comparó y averiguó que no sólo el justificante de esa carta había desaparecido del libro de registros sino que toda la página había sido arrancada a conciencia de éste sin dejar rastro: como si no hubiese existido. Enseguida se despertaron las sospechas de Stashek, husmeó en los archivos, descubrió el nombre del cajero que estaba ese día detrás de la ventanilla de las cartas certificadas e interrogó a otros cajeros hasta que supo con certeza cuándo había sido arrancada la página que faltaba; desde ese punto hasta la confesión del culpable el camino no fue muy largo (el joven había mirado el sobre a contraluz, la letra de cambio había aparecido ante él a través del papel iluminado, creyó distinguir un billete grande y la tentación pudo con él).

Y así la carta perdida volvió a manos de su dueño, el joven Edward Al Silvani fue liberado de inmediato de la prisión de Haifa, el nombre de la importante firma Silvani e Hijos recuperó su prestigio al quedar limpia de toda mancha y el querido

señor Stav fue invitado con todos los honores a ir con su señora a tomar una taza de café que se serviría el sábado a media mañana en la villa Silvani, en un extremo del barrio de Sheij Jarrah. En cuanto al querido niño (el hijo de sus amigos que estaba con ellos en ese momento y a quien no tenían con quién dejar el sábado por la mañana), por supuesto, qué pregunta, que fuera también con ellos el sábado por la mañana, toda la familia Al Silvani estaba impaciente por expresar su gratitud y su respeto al honesto y diligente señor Stav.

El sábado después de desayunar, un poco antes de ponernos en camino, me vestí con mis mejores galas, la ropa que mi padre y mi madre se habían preocupado de dejarle a la tía Mala para esa visita («¡Los árabes miran mucho las formas!», destacó mi padre): una camisa blanca bien planchada, con las mangas dobladas con esmero, como hechas de cartón blanco. Pantalones azul oscuro acabados en dos vueltas bien marcadas y una impecable raya a lo largo, y también un cinturón negro de cuero, muy formal, con una hebilla metálica brillante en la que, por alguna razón, estaba grabada la figura de un águila bicéfala, el símbolo del santo imperio ruso en la época de los zares. Me puse un par de sandalias a las que el tío Stashek había sacado brillo por la mañana con el mismo cepillo y el mismo betún negro que había utilizado para limpiar sus mejores zapatos y los de fiesta de la tía Mala.

A pesar del calor de un día de agosto, el tío Stashek se obligó a ponerse el traje oscuro de lana (era el único traje que tenía), la camisa de seda blanca como la nieve que había emigrado con él unos quince años atrás desde su casa paterna de Lodz y la sobria corbata de seda en un tono azul intenso que llevó el día de su boda. En cuanto a la tía Mala, se pasó unos tres cuartos de hora sufriendo frente al espejo, probándose el vestido de tarde, arrepintiéndose, intentando combinar una falda plisada oscura con una blusa clara de algodón, y arrepintiéndose de nuevo, sopesando cómo le sentaría el vestido primaveral y juvenil que se había comprado no hacía mucho en la tienda de Mein Staub con un broche y un pañuelo, con un collar y sin broche ni pañuelo, con un collar y otro broche pero sin pañuelo, con o sin pendientes en forma de lágrima.

Pero de repente ese ligero vestido primaveral, por el exagerado bordado alrededor del cuello, le pareció demasiado frívolo, demasiado vulgar para la ocasión, y volvió al vestido de tarde con el que había empezado la rueda de pruebas y dilemas.

Luego se dirigió con tristeza al tío Stashek y a mí y nos hizo prometer decir la verdad y nada más que la verdad, aunque fuera una verdad dolorosa: ¿no era un vestido demasiado emperifollado? ¿No era muy teatral para una visita informal de una mañana de verano? ¿No desentonaba completamente con el peinado? Y, por cierto, ¿qué opinan del peinado? Díganme la verdad. ¿Me recojo las trenzas alrededor de la cabeza o no? ¿O es mejor soltarlas y dejarme el pelo suelto sobre los hombros? Y si me lo dejo suelto, ¿hacia dónde queda mejor, sobre este hombro o sobre éste?

Al final, apenada, se decidió por una falda marrón lisa y una blusa de manga larga a la que dio color con un bonito broche turquesa y un par de pendientes en forma de lágrima del mismo tono azul diáfano que sus hermosos ojos. Y se soltó las trenzas. Dejó a su rubio cabello fluir por sus hombros.

Por el camino, con su robusto cuerpo comprimido en su grueso traje de otoño, el tío Stav me explicó que algunos acontecimientos de la vida tienen su origen en la diferencia histórica entre culturas lejanas: la familia Al Silvani, dijo, es ciertamente una respetable familia europea cuyos hijos han estudiado en prestigiosos colegios de Beirut y Liverpool, y todos hablan bien varios idiomas occidentales. También nosotros somos europeos, aunque quizás seamos europeos en un sentido algo distinto. Nosotros, por ejemplo, no le damos ninguna importancia a la apariencia externa de una persona sino únicamente a su interior, a su espiritualidad: hasta un genio universal como Tolstoy no dudó en ir toda su vida vestido con ropas de campesino, y un gran revolucionario como Lenin despreció las ropas burguesas y prefirió usar un abrigo de cuero y una simple gorra de obrero.

Pero nuestra visita a la villa Silvani no se parecía a Lenin yendo a ver a sus obreros ni a Tolstoy acercándose al pueblo llano, era una circunstancia especial e incluso extraordinaria: Conviene saber, dijo el tío Stashek, que para nuestros vecinos árabes más pudientes y cultos, los que viven generalmente según dicta la cultura europea más occidental, nosotros, los judíos modernos, somos una especie de chusma escandalosa de pobres groseros y carentes por completo de educación, incapaces aún de alcanzar los primeros peldaños del refinamiento cultural. Hasta algunos de nuestros dirigentes, al parecer, son vistos con malos ojos por nuestros vecinos árabes, porque sus ropas son populares y sus modales demasiado sencillos y directos. Más de una vez, trabajando en las oficinas de correos, tanto en las

ventanillas de cara al público como dentro, el tío Stashek había podido constatar que el nuevo estilo hebreo, sandalias y pantalones caqui, mangas remangadas y cuellos desabrochados, un estilo que nosotros considerábamos el emblema del pionero democrático e igualitario, era interpretado por los británicos y sobre todo por los árabes como descortesía, como mezquina arrogancia, falta de respeto hacia el prójimo y desprecio por el servicio público. Es cierto que su impresión se basa en un error de fondo y no es necesario repetir que nosotros creemos en la vida sencilla, en la idea de que hay que conformarse con poco y que poco importa el aspecto exterior. Pero en situaciones como éstas, es decir, en nuestra visita matutina a la residencia de una conocida y respetable familia, y en ocasiones similares, hay que comportarse como si nos hubiesen asignado una misión diplomática. Por eso tenemos que cuidar mucho nuestro aspecto, nuestros modales y el estilo de nuestra conversación.

De los niños y de los jóvenes, por ejemplo, recalcó el tío Stashek, se espera que en circunstancias como éstas no se entrometan bajo ningún concepto en la conversación de los adultos. Si se dirigen a ellos –y sólo si se dirigen a ellos–, deben contestar con educación y brevedad. Si le ofrecen algo, el niño sólo elegirá aquellas cosas que no se puedan deshacer o derramar. Si le ofrecen algo por segunda vez, deberá declinar la invitación con cortesía, aunque se muera por los dulces. Y durante todo el tiempo que dure la visita, el niño se mantendrá erguido en la silla, no mirará fijamente y, sobre todo, por ningún motivo hará ningún tipo de mueca: mostrar un comportamiento inadecuado, y mucho más en el escenario de la sociedad árabe, que, como es sabido, es una sociedad muy sensible, muy dada a sentirse herida y propensa a la venganza y al rencor, puede ser interpretado no sólo como insolencia y abuso de confianza, sino también como un gran perjuicio para el futuro del entendimiento y el diálogo entre los dos pueblos vecinos; sería echar leña a la hoguera de la enemidad en un momento en que se habla a diario con preocupación del peligro de una guerra sangrienta entre un pueblo y otro.

En resumen, dijo el tío Stashek, muchas cosas, cosas quizá demasiado importantes como para que un niño de ocho años las cargue sobre sus hombros, dependen esta mañana también de ti, de tu raciocinio y de tu buen comportamiento. Y, por cierto, mi querida Malanka, es mejor que tampoco tú hables allí, no digas nada, nada de nada, excepto las obligadas palabras de cortesía: es sabido que en el ámbito cultural de nuestros vecinos, igual que en la tradición de nuestros antepasados, está muy mal visto que la mujer abra la boca en una reunión de



hombres. Por tanto, querida, harás bien si en esta ocasión dejas a tu nobleza natural y a tu gracia femenina hablar por ti.

A las diez de la mañana salió, por tanto, la pequeña misión diplomática, bien lustrada y perfectamente instruida, del apartamento de los Rodnitzky en la esquina entre la calle Haneviim y la calle Chancellor, justo encima de la floristería El Jardín Florido, dejando a Chopin y a Schopenhauer, al pájaro herido Alma-Mirabelle y al pájaro-piña pintado, y comenzó a abrirse paso hacia el este, hacia la villa Silvani situada al norte del barrio de Sheij Jarrah, por el camino que conduce a Har Hatzofim.

Nada más empezar a andar pasamos ante el muro de la casa Tabor, que en otro tiempo fue la residencia de un excéntrico arquitecto alemán llamado Conrad Schick, un devoto cristiano apasionado por Jerusalem. Encima de la puerta de la casa Tabor, el arquitecto Schick construyó una pequeña torre, en torno a la cual yo tramaba todo tipo de leyendas cargadas de castillos, caballeros y princesas. Desde ahí seguimos bajando por la calle Haneviim hasta el hospital italiano, con su vieja torre y sus cúpulas de teja, construido al estilo de los palacios florentinos.

Junto al hospital italiano giramos en silencio hacia el norte, hacia la calle Saint George, rodeando el barrio ultraortodoxo de Meah Shearim, y penetramos en el mundo de los cipreses, las murallas, las rejas, las cornisas y los muros de piedra de una Jerusalem extraña, una Jerusalem que casi no conocía, la etíope, la árabe, la peregrina, la otomana, la misionera, la alemana, la griega, la astuta, la armenia, la americana, la monacal, la italiana, la rusa, la repleta de pinos, la temerosa y la cautivadora con sus campanas y sus encantamientos alados prohibidos para ti por ser un extraño, una ciudad velada, guardiana de peligrosos secretos, llena de cruces, torres, mezquitas y misterios, altanera y silenciosa; por sus calles vagaban como sombras oscuras sacerdotes de religiones extranjeras cubiertos con túnicas negras y sotanas negras, curas, monjas, cadíes, mucines, notables, devotos, peregrinos, velos de mujeres y capuchas de frailes.

Fue una mañana de sábado, en el verano del 47, pocos meses antes del estallido de sangrientos enfrentamientos en Jerusalem, menos de un año antes de la salida de los británicos y antes del asedio, los bombardeos, la sed y la división de la ciudad. El sábado que fuimos a casa de la familia Al Silvani, al barrio de Sheij Jarrah,

aún se cernía una tensa calma sobre todos esos barrios del nordeste. Pero en esa calma ya se sentía un cierto aire de impaciencia, un vaho imperceptible de hostilidad contenida: ¿y qué hacen aquí de repente tres judíos, un hombre, una mujer y un niño?, ¿de dónde han salido? Pero ya que están aquí, en esta parte de la ciudad, realmente sería mejor para ustedes que no se demoraran demasiado. Que pasaran por estas calles deprisa.

Unos quince o veinte invitados y familiares estaban ya reunidos en el salón cuando llegamos, como flotando en el humo del tabaco, casi todos estaban sentados en los sofás a lo largo de las cuatro paredes y algunos permanecían de pie en pequeños grupos en las esquinas de la sala. Entre ellos se encontraban el señor Cardign y el señor Kenneth Orwell Nokes-Gilford, el responsable de la oficina central de correos y jefe del tío Stashek, que estaba junto a otros señores y saludó desde lejos al tío Stashek levantando ligeramente su vaso. La mayoría de las puertas que daban a las alcobas estaban cerradas y sólo a través de una que permanecía entornada pude ver a tres niñas, más o menos de mi edad, con vestidos largos, apiñadas en un pequeño banco, mirando a los invitados y murmurando.

El *ustaz* Nayib Mamduaj Al Silvani, el dueño de la casa, nos presentó a algunos familiares e invitados, hombres y mujeres, entre los que había dos señoras inglesas con trajes grises, un anciano intelectual francés y un sacerdote griego, con túnica y barba ensortijada, cuadrada. Delante de todos los parientes e invitados, el anfitrión describió y alabó, en inglés y a veces también en francés, a su invitado, y les explicó en dos o tres frases cómo el querido señor Stav había evitado la terrible desgracia que llevaba varias semanas cerniéndose sobre la cabeza de la familia Silvani.

Nosotros, por nuestra parte, estrechábamos manos, conversábamos, sonreíamos, hacíamos ligeras reverencias y murmurábamos *How nice, Enchanté* y *Good to meet you*. También le entregamos un modesto regalo simbólico a los Silvani: un álbum de fotos de la vida del kibutz con imágenes del comedor comunitario, de los pioneros en el campo y en el establo, de niños desnudos, muy felices, chapoteando en el agua de los aspersores, y de un viejo campesino árabe agarrando con fuerza las riendas de su burro mientras mira sorprendido un inmenso tractor

oruga que pasa a su lado levantando nubes de polvo. Cada fotografía iba acompañada de una breve explicación en hebreo y en inglés.

El *ustaz* Al Silvani echó un vistazo al álbum, sonrió amablemente, asintió dos o tres veces como comprendiendo el sentido último de la fotos, agradeció a sus invitados el regalo y lo dejó en una de las hornacinas de la pared o en uno de los anchos alféizares de las ventanas. El papagayo de la voz fina cantó de repente desde su jaula: «*Who will be my destiny? How will be my prince?*», y desde el otro extremo de la habitación le contestó el papagayo ronco: «*Kalamat, ya sheij! Kalamat!*».

Dos brillantes floretes de esgrima estaban cruzados en la pared sobre nuestras cabezas en el rincón donde estábamos sentados. En vano intentamos adivinar quiénes eran invitados y quiénes pertenecían a la familia anfitriona: la mayoría de los hombres tenía unos cincuenta o sesenta años y uno era muy anciano, llevaba un traje marrón ajado que estaba un poco deshilachado por los puños. Era un anciano enjuto con la mejillas hundidas, el bigote canoso amarillento de tanto tabaco, al igual que sus agrietados dedos de albañil. Se parecía mucho a uno de los retratos aprisionados en marcos dorados que estaban colgados en la pared. ¿Sería el abuelo de la familia? ¿O el bisabuelo? Pues a la izquierda del *ustaz* Al Silvani apareció otro anciano, fibroso, alto y encorvado, semejante a un tronco roto, que tenía el cuero cabelludo oscuro y cubierto de pelos grises y puntiagudos. Iba muy desaliñado, con una camisa de rayas a medio abrochar y unos pantalones que parecían demasiado anchos para su cuerpo. Me acordé del vetusto Alleluyev de la historia de mi madre, que cuidaba en su cabaña a otro anciano mucho mayor aún que él.

También había algunos jóvenes con trajes blancos de tenis, y dos hombres barrigudos de unos cuarenta y cinco años que estaban sentados el uno frente al otro y parecían gemelos envejecidos, los dos dormitaban con los ojos medio cerrados, uno de ellos movía entre los dedos un collar de cuentas de ámbar mientras su hermano fumaba con devoción, aportando su contribución al humo grisáceo que iba nublando la habitación. Además de las dos señoras inglesas, había otras mujeres sentadas en los sofás, y algunas que daban vueltas por la habitación con cuidado de no tropezar con los camareros encorbatados que llevaban bandejas repletas de bebidas frías, dulces, vasos de té y tazas de café. Era difícil saber cuál de ellas era la señora de la casa: varias parecían comportarse con soltura. Una mujer corpulenta, con un vestido floreado de seda del color del jarrón donde estaban las plumas de pavo real, cuyos brazos carnosos tintineaban a cada movimiento por la cantidad de

pulseras de plata y brazaletes que los adornaban, hablaba apasionadamente con algunos jóvenes vestidos con ropa de tenis. Otra señora, con un vestido de algodón con suculentas frutas estampadas, un vestido que le marcaba la tripa y la anchas caderas, tendió la mano para que la besara el anfitrión y después lo recompensó con tres besos en la mejilla, a la derecha, a la izquierda y de nuevo a la derecha. También había una vieja matrona con un bigotillo grisáceo y unas anchas y peludas fosas nasales, así como algunas jóvenes atractivas con estrechas caderas, uñas rojas, peinados cuidados y faldas deportivas que cotorreaban sin parar. Parecía que Stashek Rodnitzky, con el traje oscuro de lana ministerial que había emigrado con él desde Lodz a Eretz Israel unos quince años antes de ese verano, y Mala, su mujer, con su falda marrón lisa, con su camisa de manga larga y sus pendientes en forma de lágrima, eran los más elegantes de la habitación (aparte de los camareros). Hasta el encargado de correos, el señor Nokes Gilford, iba con una sencilla camisa azul, sin corbata ni chaqueta. Desde su jaula en un extremo de la sala, el papagayo con la voz de fumador empedernido exclamó de pronto: «*Mais oui, mais oui, chère mademoiselle, mais oui, absolument, naturellement*». Desde la jaula de enfrente le contestó al instante la soprano mimada: «*Bas! Bas, ya ayni! Bas min fadlak! Uskut! Bas wajalas!*».

En la nube de humo se materializaban constantemente camareros de negro, blanco y rojo que intentaban tentarme con cuencos de cristal y porcelana llenos de almendras, nueces, pistachos, pipas de calabaza y de sandía tostadas, con bandejas repletas de pastelillos calientes, frutas, rajas de sandía, tazas de café, vasos de té y vasos altos helados con jugo de fruta y jugo de granada con cubitos de hielo, así como platos con apetitoso pudin aromatizado con canela y adornado con almendra rallada. Pero yo me conformé con dos pasteles y un vaso de jugo, y rechacé los manjares que me ofrecían con educación pero con firmeza: ni por un momento cedí, ni por un momento olvidé las obligaciones propias de mi posición como pequeño diplomático invitado por una gran potencia que me miraba con desconfianza.

El señor Silvani se detuvo a nuestro lado y conversó unos instantes en inglés con la tía Mala y el tío Stashek, bromeó, se mostró amable, quizás le dedicara un cumplido a la tía por sus pendientes. Luego, después de haberse disculpado y mientras se dirigía hacia los demás invitados, dudó, se volvió de repente hacia mí y me dijo con una amable sonrisa y en hebreo forzado:

–Señor, si quiere salir en el jardín. Hay varios niños en el jardín.

Excepto mi padre, a quien le gustaba llamarme Su Alteza, nadie en el mundo me había llamado señor. Por un sublime instante me vi como un joven señor hebreo cuyo rango no era inferior en nada al de los jóvenes señores desconocidos que deambulaban por el jardín. Cuando por fin se funde el Estado hebreo libre, decía mi padre con desánimo citando las palabras de Zeev Jabotinsky, también nuestro pueblo podrá acercarse a la comunidad de los pueblos «como se acerca un león a los leones».

Como se acerca un león a los leones salí, por tanto, de la habitación inundada de humo de tabaco. Miré desde el amplio porche la muralla, las torres y las cúpulas. Después descendí lentamente, con elegancia y evidente conciencia nacional, las escaleras de piedra tallada, caminé hacia el emparrado y más allá, hacia las profundidades del campo de árboles frutales.